

Maximino de Tréveris, por lo que les negó su comunión: y dirigido el jóven Emperador por un Pastor tan bueno siguió pura é inviolablemente adicto al símbolo de Nicéa, y echó de ver del todo que no se perseguia á Atanasio, sino porque le defendia mejor que nadie. Fuéronse los diputados pues muy poco satisfechos de su comision, y Constante pensó con seriedad remediar las disensiones que desolaban la Iglesia.

21. Aparentó Constanzo aprobarlo todo. Los Persas hacian la guerra mas activamente, y Sapor su Rey era un enemigo formidable, un Príncipe de grande ingenio y valor, de una osadía, orgullo y crueldad terrible; sobre todo era enemigo furioso contra el nombre Romano, y esta fue la causa porque los Cristianos de sus estados padecieron mucho durante su largo reinado. Habiendo nacido y estendiose el cristianismo especialmente en el Imperio, muchas veces los bárbaros no diferenciaban entre el nombre Romano y el nombre Cristiano, y confundian con error dos tan distintos objetos, sin pensar que mucho tiempo antes estaba la fe establecida en las demás naciones. Habian predicado en las mismas provincias de Persia los mismos Apóstoles, y la primera epístola de San Juan Evangelista prueba que su predicacion tuvo felices resultados. Aumentóse considerablemente por el comercio de la Osroena y de la Armenia; y en tiempo de Sapor habia numerosas Iglesias en todos sus estados.

Miraban con grande despecho los Magos, que se

consideraban como tribu sagrada en la que el sacerdocio era hereditario, los progresos de la Religion estrangera, que desacreditando el culto del sol, acababa cada dia el poder y la fortuna de estos sacerdotes interesados. Animábanlos por otra parte los Judíos que eran muchos en Persia, y mucho mas furiosos que los idólatras contra los Cristianos, los que fueron acusados de mantener inteligencia con los Romanos. Por lo que Sapor sin mas examinar los oprimió con impuestos, cuyo cobro encargó á unos hombres implacables (1). Pasado poco tiempo mandó degollar á todos los Sacerdotes Cristianos, demoler las Iglesias y quemar muchos monasterios establecidos en lo interior de la Asia mayor, antes que el nombre de solitario se conociese en Occidente. Mandó comparecer en su presencia á Simeon, gefe principal de los fieles y Obispo de las ciudades regias de Seleucia y Ctesifonte. Distaban poco una de otra estas dos ciudades, y estaban situadas sobre las dos orillas opuestas del Tigris: Seleucia era silla del imperio de los Partos y Ctesifonte del de los Persas, cada una con privilegio de capital.

El santo Obispo se presentó cargado de hierro, y el Rey le mandó adorar al sol, prometiéndole grandes recompensas si obedecia, y amenazando destruirle con todos los fieles si resistian. No se esperaba, ni lo esperaban los idólatras, conmovier á la cabeza de la verdadera Religion; mas creían conseguirlo con el

(1) *Socrat. lib. 2. hist. cap. 8. et 9. Ruinart. Act. Sincer. Mart., num. 632.*

tiempo. Después de una confesión generosa ordenó Sapor que le llevasen á una cárcel. En el tránsito vió el Confesor al eunuco Ustazades que habia educado al Rey desde su mas tierna infancia, y ocupaba uno de los primeros puestos en la corte. Ustazades era Cristiano en el alma, y si habia renunciado á Jesucristo era contra su conciencia y solo por conservar su fortuna. Hizole vivas reprensiones el Obispo, y aun despreció las señales de benevolencia y veneración con que le previno el apóstata. Concibió este al momento todo el peso de su culpa, vertió un torrente de lágrimas, y mostrando su dolor segun el modo espresivo de los Orientales, dejó el vestido blanco que llevaba, tomó el de luto y sentóse á la puerta de palacio sollozando y gimiendo.

El Rey le mandó llamar, y preguntóle si le habia sucedido alguna desgracia doméstica. „No señor, respondió; pero ¡ojalá que á costa de todos los infortunios de este mundo hubiera evitado yo el delito, causa de mis remordimientos! Han llegado á serme odiosas la vida y la luz, no puedo mirar sin estremecerme ese sol que fingí reconocer por un Dios, y que adoraba por complaceros. Merezco la muerte por haber engañado á mi Rey, y por haber apostatado de mi Dios.” Sapor, admirado, no sabia qué hacerse ni qué resolver, porque amaba tiernamente á este viejo que le habia servido mucho tiempo de padre, y atribuía su mudanza á los engaños de los Cristianos. Valióse tanto de caricias como de amenazas, mas viendo que todo era inútil, mandó que lejos de él le corta-

sen la cabeza. Queriendo resarcir el penitente el escándalo de su apostasía, pidió al Rey por última gracia que un pregonero público declarase por toda la ciudad que Ustazades era condenado, no por haber obrado contra su Príncipe, sino por no haber querido renegar de su Dios. Convino Sapor en ello tanto mas gustoso, cuanto este ejemplo de severidad le parecia uno de los mejores para aterrar á los Cristianos.

El santo Arzobispo Simeon fue conducido á presencia de Sapor á la mañana siguiente dia de viernes santo; y el Rey á quien se mostró muy firme en la fe le condenó como á Ustazades á muerte. Padecieron antes á vista del Prelado mas de cien Cristianos Obispos y Eclesiásticos, sin que se desmintiese la firmeza de ninguno de ellos. Ananías tan solo pareció algo amedrentado; mas el intendente de los obreros llamado Pusiqués, Cristiano celoso, tuvo la generosidad de decirle: *valor Ananías, cierra por un instante los ojos á las vanidades del mundo, é irás á disfrutar de la luz del cielo.* Apenas profirió estas palabras cuando fue preso él mismo y llevado al Rey. Confesó la fe con tal libertad que escitó contra sí las invenciones mas bárbaras y crueles. Su hija que habia consagrado su virginidad al Señor, fue al instante delatada y muerta.

Pronuncióse pena de muerte por todo el reino en el año siguiente y en el mismo dia de viernes santo, así contra los Eclesiásticos como contra cualquiera que confesase ser Cristiano. Esparciéronse los Magos por

las ciudades y aldeas, entraron en todas las casas é hicieron las mas rigurosas pesquisas, sacrificando indistintamente á todas las personas, y en el palacio real á las que parecian mas queridas del Rey. Padeció en esta confusion el eunuco Azades, mas necesario que Ustazes, y tan amado de Sapor, que condenó este furor ciego, y vedó quitar de esta manera la vida á los Cristianos. La persecucion se redujo entonces á los Eclesiásticos; pero la restriccion la hizo mas furiosa contra el objeto que se reservaba. Entonces Sadoth, sucesor de Simeon en el Obispado de Ctesifonte y de Seleucia, fue la víctima principal. Este por prudencia habitaba en la ciudad donde no estaba la corte, esto es, en Seleucia. Pero pasando allá el Rey en persona, mandó prender al nuevo Obispo con los Clérigos, solitarios y vírgenes consagradas que se encontraron, en número de doscientos veintiocho. Tuviéronlos cinco meses en un horrendo calabozo, y se les sacaba de tiempo en tiempo para atormentarlos entre unos maderos que les apretaban de tal manera los riñones y las espaldas, que se oían crugir todos sus huesos. Mientras el tormento se les repetia muchas veces: *obedeced al Rey que os manda adorar al astro benéfico del dia, y en vez de suplicios recibireis copiosos favores del Rey;* mas respondian: *adoramos al Criador de todo el mundo, y no al sol que es obra suya.* Por fin les cortaron la cabeza. Tenia Sadoth dos hermanas consagradas á Dios, una vírgen y otra viuda que fueron presentadas al gefe de los Magos para formarles su causa; y el lujurioso pontífice, sen-

sible á la hermosura de la vírgen llamada Tár-bula, mandó decirla secretamente que si queria casarse con él, buscaria medio de libertarla, y tambien á su hermana. Tár-bula respondió con indignacion, que tenia ya un esposo muy distinto, y que no temia una muerte que la juntaria con el objeto de su casto amor y con el santo Obispo su hermano. Entonces el sacerdote lleno de furor hizo que condujesen á las dos hermanas fuera de la puerta de la ciudad; y atadas á una estaca, la una por el cuello y la otra por los pies, las serraron por medio del cuerpo, cuyas mitades colgaron, chorreando sangre, de unos leños plantados á cada lado de la calle.

22. Mucho mas bárbara fue la persecucion en la provincia de Adiabena, situada sobre las fronteras del Imperio Romano, y casi toda Cristiana. Confesando á Jesucristo hasta el último suspiro pereció en el tormento el Obispo Aceptimas. Hubo un sin número de Mártires de todos estados en todas las provincias indistintamente. Consérvanse los nombres de veintitres Obispos, entre los que estaba Dausas, que fue preso en un lugar llamado Zabdeo, y martirizado con cerca de doscientas cincuenta personas. Entre los Mártires de Persia y los de las naciones cultas, no hubo diferencia sino en el heroismo, mas necesario en los primeros, para hacer frente á la barbaridad mas atroz. La memoria de diez y seis mil Mártires entre hombres y mugeres, fue venerada por largo tiempo. Tantos fueron los demás que nunca se pudo saber el número fijo, por mas cuidado que en esto pusieron

los fieles de Persia y los de Siria sus vecinos (1).

23. El cristianismo no hacia menos progresos en las demás regiones. Mucho contribuyó el Emperador Constanzo, celoso á su modo, á establecerle entre los Omeritas, que eran los antiguos Sabeos, situados á la estremidad de la Arabia feliz, hácia el Occéano, cuya religion era antes una idolatría amalgamada de judaismo. Envió Constanzo Embajadores con grandes presentes, pidiendo libertad de edificar entre ellos Iglesias para uso de los comerciantes Romanos y naturales del país que profesasen la Religion del Imperio. Cierta Teófilo, indio de nacimiento, era el mas conocido de estos Embajadores, el que habiendo sido dado en rehenes á Constantino el grande desde su mas tierna edad, habia abrazado no solo la fe, si que tambien la vida monástica. Hiciéronle conferir los Arrianos, á quienes era adicto, la dignidad de Obispo para esta mision: esta buena obra fue emprendida con ardor por aquellos partidarios, envidiosos sin duda de que Atanasio acababa de envitar al santo misionero Frumencio á los Etiopes, que moraban al lado de acá del mar Rojo. No dejó de tener el resultado mas feliz la empresa de Teófilo, pues el Príncipe de los Omeritas se convirtió, y quiso costear por sí mismo tres Iglesias, una en Dafár, capital de su estado, y las otras dos en las ciudades principales donde comerciaban los Romanos y los Persas.

24. Esforzábanse así los Arrianos para acreditar

(1) *Sozom. lib. 2. hist. cap. 14. Philostr. lib. 3. cap. 4. et seq.*

una orgullosa secta, que no se limitaba á dominar en las provincias de Constanzo. Reuniéronse de nuevo en la ciudad de Antioquía pasados apenas cuatro años despues de su Concilio de la Dedicacion, y con algunos Obispos de los mas ingeniosos del partido enviaron al Occidente una nueva fórmula de creencia que habian formado. Hallaron á los Occidentales juntos en Milán, y al Emperador Constante en medio de ellos muy ocupado en buscar algun remedio á las calamidades de la Iglesia. Poseido de veneracion por todas las grandes cualidades de Atanasio, decia muchas veces, que su delito no era mas que su celo y su talento en defender la fe. Llamaba tramas inicuas las últimas injusticias que se le habian hecho y duraban todavía, creyéndose indispensablemente obligado á acabarlas. Llamó á Milán al santo Obispo, y Atanasio obedeció lo mas pronto que pudo. Acabó de subir de punto el celo del jóven Emperador cuando oyó de boca del Patriarca todo lo concerniente al estado deplorable de la Religion en Egipto y en todo el Imperio de Oriente.

Habian pedido de nuevo á este buen Príncipe el Papa San Julio, San Maximino, Obispo de Tréveris, y el grande Osio de Córdoba, que escribiese á su hermano Constanzo, para convocar de acuerdo un Concilio general del Oriente y del Occidente, en el que se examinasen y decidiesen sin apelacion las acusaciones de los Prelados separados de sus Sillas (1): pro-

(1) *Athanas. Apolog. 1. Socrat. lib. 2. hist. cap. 20. Sozom. lib. 2. cap. 11.*

yecto que inquietaba en gran manera á los Obispos Arrianos; mas su protector viéndose instado de una manera irresistible, convino recíprocamente en que se celebrase el Concilio en Sárdica en Iliria, en los confines de los dos Imperios, á fin de que los Obispos de uno y otro pudiesen acudir cómodamente y no pudiesen alegar pretesto alguno.

Habiendo procurado de este modo el Papa Julio la convocacion del Concilio, señaló tambien de acuerdo con los Emperadores el tiempo de la celebracion para este mismo año de 347. Aunque el término era bastante corto por el temor de que alguna de las potencias, al menos la mal intencionada, mudase de parecer, no dejaron de acudir Obispos de mas de treinta y cinco provincias, hasta de las mas distantes, teniendo todos el tiempo necesario para llegar á Sárdica. Ignórase no obstante el número cierto de estos Padres exagerado por algunos autores y muy disminuido por otros. Lo mas verosímil es que rayaban á doscientos, sin contar los que recibieron copias del Concilio, y firmaron unánimemente con los que habian decidido, de manera que vinieron á ser mas de trescientos. Distinguíanse entre los Obispos presentes sobre todos Osio, llamado desde entonces padre de los Concilios, Protógenes, de la misma ciudad de Sárdica, Vicente de Capua, Verísimo de Leon, Maximino de Tréveris, Eufhratas de Colonia, y Grato de Cartago, todos venerables por sus canas, por su esperiencia, por su doctrina y virtudes. No pudiendo separarse sin riesgo el Papa Julio del centro de los negocios eclesiásticos,

envió sus dos legados Archidamo y Philógenes, Presbíteros, y al Diácono Leon.

Fueron de parte de los Eusebianos los principales Obispos Teodoro de Heraclea, Menofantes de Éfeso, Narciso de Neroniade en Cilicia, Estévan de Antioquia, Georgio de Laodicéa, Acacio de Cesaréa de Palestina, Ursacio y Valente de Pannonia, y el famoso Isquiras, al que ensalzó su partido al Obispado, en compensacion de todas sus maniobras contra San Atanasio. No se ocultaba á los hereges la debilidad de su causa; y á falta de buenas razones llevaron consigo dos oficiales revestidos de la dignidad de Condes, para dominar como lo habian hecho en el conciliábulo de Tiro; mas encontraron una junta muy diferente, y toda eclesiástica, incapáz de aterrarse á la vista de gente armada, ni por el magestuoso aparato del poder secular. Habia vedado por otra parte del modo mas fuerte el Emperador Constante entrar en el Concilio á todo lego, ó impedir en cosa alguna la libertad de los votos. Compareció Atanasio, que creían no osaria ni aun á presentarse, con toda la seguridad de la inocencia reconocida, y parecia desafiar á sus enemigos soberbios, obligados á contestar por su parte á unos acusadores que no querian ser oidos sino con la prueba y evidencia en la mano. Enseñaban las cadenas con que se les habia aprisionado varios Eclesiásticos ultrajados con violencia: unos Obispos defendian á otros aun desterrados; y los parientes ó amigos de los que fueron muertos pedian justicia de estos sacrilegos atentados. Traían á la memoria entre otras cosas la opre-

sion de un Obispo llamado Teodulo, que se vió obligado á andar errante ó fugitivo, lejos de su Iglesia, y á morir en fin en su fuga. Enseñaban algunos las heridas aun sangrientas que habian recibido. Se quejaban de los horribles ultrajes, no solo los particulares sino tambien Iglesias enteras, hechos al santuario, á los Clérigos y á las vírgenes, por no haber querido comunicar con los secuaces del impio Arrio. Acababan de desampararlos dos Obispos de Arabia, Astero y Macario, que habian llegado á Sárdica en compañía de los Eusebianos, para reunirse á los ortodoxos, y descubrieron las tramas odiosas de estos pérfidos sectarios.

Estrañas inquietudes causaban á estos tantas revoluciones no esperadas. Siguiéron encerrados en el palacio adonde se les habia alojado, y convinieron entre sí en no entrar en la asamblea general, é impedir á todos los Occidentales que compareciesen en ella, y retirarse ellos mismos con el primer pretesto que se les proporcionase, queriendo mas avergonzarse de su fuga que aguardar una condenacion que no podian evitar. Interesábales muy poco el honor; y su fortuna que les importaba mucho mas, quedaba segura bajo la proteccion de Constanzo, que nunca permitiria que se les desposeyese en realidad de sus Sillas. Representóseles, pero sin fruto, que ó no debian venir al Concilio, ó debian comparecer á sus sesiones; que les importaba avistarse con unos contrarios contra quienes ostentaban tener tan buenas pruebas; que despues de este juicio contradictorio, no podrian pretestar que

se les habia condenado sin oírlos, y que unas sentencias tan solemnemente confirmadas quedarian irrevocables para siempre. Sin fruto se les decia todo esto, pues la voz de su conciencia les decia aun mas claramente que no saldrian triunfantes de una junta canónica.

Primeramente respondieron que no podian encontrarse en un Concilio que tenia relaciones con Atanasio, con Marcelo de Ancira y otros Obispos ya condenados; pero substituyendo súbitamente á la hipocresía la política, fingieron que su Emperador los llamaba para celebrar una victoria contra los Persas. El Concilio instó sin detenerse en esta frívola escusa, á que vinieran á defenderse de las acusaciones intentadas contra ellos, si no querian ser juzgados con rigor, y ver absueltos á los que perseguian. Nada de esto cambió sus disposiciones, pues partieron aceleradamente y se retiraron á Filipópolis en Tracia, ciudad del imperio de Oriente, poco distante de Constantinopla, en la que tuvieron la quimérica pretension de formar por sí solos un Concilio que fuese ecuménico.

Atanasio no tenia necesidad de otra justificacion. Sin embargo quisieron los Padres que se justificase; mas probó tan claramente su inocencia con la indignidad de los procedimientos egecutados contra su persona y contra su Clero, que los Padres del Concilio no pudieron detener las lágrimas, y le consolaron con las demostraciones de la mas tierna compasion. Se espidieron al punto cartas sinodales, notificando

á las Iglesias de Egipto y Libia, en especial á la de Alejandría, la justificación del santo Patriarca, y los deseos de toda la Iglesia para recibirle según sus merecimientos. Después de examinadas todas las quejas contra los Eusebianos las tuvo el Concilio por tan bien fundadas y tan justas, que privó á ocho de sus principales Obispos, no solo del obispado, sino también de la comunión de los fieles; convenciéndoseles claramente del designio que tenían de hacer triunfar el arrianismo, y de sus continuas violencias contra todo el que rehusaba tener parte en su comunión herética. Así Gregorio, aquel detestable Capadocio que había usurpado la Silla Patriarcal de Alejandría tan cruel como impiamente, fue depuesto y excluido para siempre del obispado, y todos los súbditos que había ordenado privados de las funciones de su orden.

25. Examináronse después de la causa de Atanasio, las de Marcelo, Obispo de Ancira, y de Ascleplas, Obispo de Gaza, depuestos también por los Eusebianos. Se los volvió á sus Iglesias de las que fueron arrojados Basilio y Quinciano, elegidos por los hereges. Según dijimos, el Papa Julio había recibido ya á su comunión á Marcelo y Aselepas; porque no eran víctimas de sus adversarios, sino por su horror al arrianismo. Es verdad que la rehabilitación de Marcelo muy calumniado en Oriente fue siempre disputada por los Orientales, y San Atanasio se negó á lo menos en adelante á comunicar con él. Hablan de él, como de un herege imbuido en las mismas impiedades que Photino, San Hilario, San Basilio, San Juan

Crisóstomo, con otros muchos Doctores respetables; mas no se trataba en Sárdica ni de los sentimientos ocultos de un seductor ingenioso, ni de las variaciones de un espíritu inconstante, el que con efecto es reprendido de haber vuelto á su vómito.

26. Propusieron después algunos individuos del Concilio que se hiciese una fórmula nueva de creencia (1); pero la proposición fue al momento rechazada como injuriosa á la confesión de Nicéa, que con su pretensión suponían defectuosa y como autorizando la manía arriesgada de tocar á los antiguos símbolos. No sucedió lo mismo con la disciplina, que varía según las épocas y sobre la que se formaron veinte Cánones nuevos.

Dió á conocer Osio, que proponía las materias, cuan pernicioso sería el que se introdujese la costumbre de mudar de obispado: que el motivo interesado de estas traslaciones era claro, porque los pastores inconstantes nunca dejaban una diócesis grande por otra menos considerable. Pareció este abuso tan escandaloso á los Padres de Sárdica que determinaron (2), contra los que en adelante se hiciesen culpables de él, la privación de la comunión hasta en la muerte; circunstancia que se debe entender, ó de la reconciliación solemne, ó de algún caso singular en que la obstinación hiciese al sujeto indigno de todo género de reconciliación; sin lo que no se podía concordar consigo mismo este sabio Concilio, que explica ó mitiga lo que le había parecido muy riguroso en

(1) *Theodoret. lib. 2. hist. cap. 8.* (2) *Can. 2.*